nebra normas y medidas que los otros estados quieren, y contra las cuales sería impolítico ostentar su ánimo contrario; y después, tranquilamente, reservarse la manera práctica de sabotear las mismas disposiciones, cuando se trate de dar a ellas en el interior del país, carácter de coacción codificada.

X X X

¿Cómo se nos presentará el porvenir de la organización internacional?

Sin recurrir a esfuerzos de fantasía y recordando el principio "tal como una colectividad cambia sus fuerzas productivas, así cambian necesariamente sus costumbres y sus instituciones" podemos pensar en dos procesos distintos y que todavía podrán desarrollarse contemporáneamente.

La organización internacional tendrá que perfeccionarse y tendrá que valorizarse. El esfuerzo en este sentido debería teóricamente ser hecho por los gobiernos, pues es evidente que sólo ellos pueden dar autoridad a la obra de la organización ginebrina, ratificando y aplicando las convenciones en su territorio nacional.

Opinamos todavía que como en el pasado, la presión del exterior, es decir, de las masas trabajadoras del brazo y de la inteligencia, será el resorte más eficaz de los progresos sociales; así como ya la hemos visto manifestarse en el inmediato período post-bélico por el poder imprevisto de las masas que habían llegado a adquirir conciencia de su fuerza.

Más difícil de tratar es la cuestión del perfeccionamiento y del desarrollo de la organización en sí. Sin entrar en asuntos casi puramente técnicos, podemos afirmar que la organización tal como ha sido concebida y como lentamente ha venido desarrollándose, aparece como un núcleo de sabios de todos los países, que aportan sus conocimientos especiales a la resolución de todos los

problemas que se encuentran en el inmenso campo del trabajo de los hombres.

Esos colaboradores de la Oficina Internacional del trabajo están animados por un espíritu colectivo de gran simpatía y que les induce a considerar con optimismo el porvenir de su institución.

Ya se sabe que todas las novedades en el dominio científico siempre fueron combatidas; y todavía más lo fueron y lo serán las que se quieren introducir en el dominio materialista de los intereses económicos y sociales.

Tenemos todavía una fuerte razón de esperanza tomando como base la idea de Hegel que el pensamiento "por el hecho que es la conciencia que la realidad toma de sí misma, es uno de los momentos que determinan el desarrollo y la existencia de toda realidad"; y añadiendo que para nosotros es el momento esencial.

Así, el esfuerzo constante del pensamiento culto de los teóricos de la organización ginebrina, debe, absolutamente, llegar a verse realizado.

Es este el lado más apasionante y humano que ofrece el estudio de las ciencias. Pues la fuerza que gobierna el mundo es el pensamiento.

Contra la brutalidad, contra la violencia que se manifiestan en los paréntesis de la historia, sólo el pensamiento vale y es inmortal.

Las ciencias de nuestra órbita son justamente las que no se pueden concebir nunca como algo exterior a la vida colectiva y que podríamos llamar por ello mismo las más humanas.

En consecuencia, los que se dedican a esas ramas de estudio y de especulación, experimentan una pasión verdadera suscitada por la evidencia y, casi diríamos, la apariencia visible de la posibilidad de estas realizaciones en el positivo crisol que está constituido por la sociedad humana; el mayor sostén en los estudios y la razón de persistir en el esfuerzo son recibidas por quienes poseen una formación humanística ante la visión de la meta, que Virgilio sintetizó así admirablemente: "*Carpent tua poma nepotes*".

EL FRACASO DEL CINE MEXICANO

P o r J O S E A L V A R A D O

ES curioso observar cómo coincide el éxito económico del cine mexicano con su fracaso artístico. Mientras más dinero obtienen los productores mexicanos, más malas son las películas que salen de sus estudios.

No faltará quien atribuya esta coincidencia al mal gusto del público: casi siempre los espectadores son los que cargan con la culpa en estos casos. Sin embargo, el hecho de que todos los productores evolucionen en su calidad, se debe jus-

tamente a los consumidores: en todos los países donde se lee en abundancia se escribe y se editan buenos libros; el automóvil no habría llegado nunca a tener la comodidad y la elegante silueta que tiene hoy, si no hubiera tenido una gran cantidad de consumidores; la evolución del teatro, de la poesía y de la música se hubiera detenido hace mucho tiempo, si el público no la hubiera alimentado constantemente. De este modo no se justifica pues, la anemia artística del cine mexicano, y menos aún con un público como el nuestro que tiene más de veinte años de ver buenas películas.

Pero ocurre también otra circunstancia no menos curiosa: a medida que los cinematografistas mexicanos disponen de más recursos técnicos, de más capacidades industriales, de más conocimientos y de más experiencia, sus producciones resultan más deficientes. Y nuestras horribles cintas de tres años acá, que tienen magníficos efectos de sonido y clarísima fotografía son peores que aquellos humildes films de hace seis años, llenos de defectos sonoros y fotográficos.

Es más aún: ya puede asegurarse que hay algún buen director y dos o tres actores y actrices decorosos. No obstante, el cine nacional presenta un aspecto desmedrado que no ha conseguido superar en ninguna de sus producciones; apenas unos cuantos detalles aislados, perdidos entre las últimas películas han sido realizados con felicidad. El cine mexicano ha tenido siempre la apariencia de cine de aficionados y nunca ha logrado perder ese aspecto.

No podría decirse, sin faltar a la verdad, que existe el cine profesional en México. No bastan los esfuerzos y el talento de algún director, de algún fotógrafo o de algún artista, para lograr un cine verdadero; todas las capacidades positivas que existen dentro de algunos de los miembros de la industria cinematográfica mexicana, quedan disueltas y desorganizadas.

Esta cara que presenta el cine mexicano indica un vicio que podría llamarse de origen. En efecto, nuestro cine ha nacido desvitalizado, desarraigado; desde un principio apareció como una ingenua imitación de las películas comerciales norteamericanas de segunda clase.

El cine es, indiscutiblemente, una viva manifestación de las vibraciones sociales y, por lo tanto, una profunda dimensión de la cultura moderna; pero no puede insertarse el cine nuestro dentro de la cultura mexicana, porque no tiene sus raíces en la vida y en la sensibilidad de México. Aun las películas que han tratado de explotar ar-

tísticamente los recursos de la música y el paisaje nacionales, revelan toda la falsedad, toda la falta de vigor que estamos comentando.

Sin duda hay algunos elementos en nuestro cine lo bastante hábiles para encontrar la verdadera raíz del arte cinematográfico mexicano; pero un deseo de competencia técnica con los films norteamericanos hace olvidar lo que debería ser la preocupación originaria y fundamental: tratar de encontrar en la vida misma de México los valores que deban llevarse a la realización cinematográfica. Por eso el cine mexicano no es creador, no ha sido hasta hoy sino una pura repetición de fórmulas mal aprendidas.

El origen de las deficiencias de nuestro cine no es únicamente, como se ha dicho muchas veces, la falta de preparación de actores y actrices; la incompetencia de directores o fotógrafos. Si el cine mexicano hubiera sido auténtico desde un principio, ya hubiera creado sus propios elementos. El cine mexicano es insuficiente artísticamente porque es una expresión falsificada y anémica de una sensibilidad postiza que no está nutrida por la vida mexicana, ni engarzada armoniosamente en nuestra cultura. No existe uno solo de nuestros films que forme parte del arte mexicano, que pertenezca a la vida de México. No hay, en realidad, cine mexicano, como hay cine francés o cine soviético. La mejor película mexicana, cuando más, es una reproducción de un film yanqui. En esta situación se pierden todas las capacidades, todos los esfuerzos de alguna actriz inteligente y sensible como Andrea Palma, de directores aptos, como Fernando de Fuentes.

Además, todas las películas mexicanas de los últimos tiempos, constituyen una prolongada sucesión de chinas poblanas, de canciones populares desfiguradas, de chistes plebeyos y sin ingenio. Ninguna tiene argumento; ni fotografía, ni música verdaderas. Cada una es un desfile desarticulado de escenas de relumbrón de pésimo gusto, unidas por un tema de cuento para chicos. Las escenas son ridículas; no hay uno solo de los personajes que tenga sustancia dramática; no existen situaciones bien construidas, conflictos positivos. Al final de la proyección nadie se da cuenta de si ha visto una revista musical, un vodevil, una comedia dramática o una película de vaqueros. Tienen, además de la falsificación, un desagradable servilismo. En efecto, no hay una sola escena, una sola fotografía que no esté escrupulosamente calculada para halagar a los turistas: formando un Mexiquito dulce, tierno, empalagoso y romántico reconstruido especialmente para las le-

ves y apergaminadas señoritas con anteojos que llenan las tiendas de curiosidades.

A pesar de la enorme riqueza de temas que pueden ser explotados en el cine mexicano, no existe hasta la fecha una sola cinta nuestra con un argumento por lo menos decente; a pesar de la capacidad dramática que pueden desarrollar algunas de nuestras actrices, no ha podido crear el cine mexicano un tipo femenino interesante y sugestivo; no obstante que algunos directores tienen una habilidad indiscutible, desperdician sus aciertos en realizaciones mediocres y vacías: tal vez con la única excepción de "Las Mujeres Mandan", no hay una sola película mexicana que muestre íntegramente la capacidad de nuestros directores.

Los vicios fundamentales del cine mexicano son, pues, su falta de autenticidad y su servilismo colonial, al gusto de los turistas: por una parte imita las puras formas muertas del cine americano de segunda, por la otra sirve a una curiosidad aventurera e inepta. De este modo no puede crear nunca elementos vivos, ni satisfacer la verdadera necesidad artística del público mexicano universal. Por eso se explica que fracase a pesar de sus elementos humanos, de su evolución técnica y de su auge mercantil.

Sin embargo, la bonanza comercial que sólo proporcionan los espectadores sufrirá un golpe seguro si los productores no cambian de táctica, porque no se puede engañar impunemente una sensibilidad colectiva, que debiera dirigirse y educarse.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

CLAUSURA DE LOS CURSOS EN LOS CENTROS EDUCATIVOS PARA OBREROS.

Con un solemne acto celebrado en el Anfiteatro Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, tuvo lugar la clausura de cursos de los cinco centros educativos para trabajadores que sostiene la Universidad Nacional de México en el Distrito Federal.

El recinto se llenó completamente de público, formado en su mayor parte por los alumnos de los mencionados planteles. Presidió el Rector, licenciado Luis Chico Goerne, en unión del Oficial Mayor de la Presidencia de la República, señor Agustín Lanuza, quien llevó la representación del Primer Magistrado, y del Secretario de la Universidad, licenciado Juan José Bremer. El Rector repartió ciento veinticinco diplomas a alumnos aventajados de los cinco centros, y se otorgaron seis menciones especiales acompañadas de medallas de plata y de pequeñas bibliotecas de las obras que ha editado la Universidad, a los seis obreros que se distinguieron sobre sus compañeros por su aprovechamiento durante el curso.

Se otorgaron certificados por materias aisladas que tomaron en los centros, a más de quinientos trabajadores, en dibujo constructivo, inglés, historia, nociones de derecho industrial y otras.

Habló el licenciado Salvador Azuela, Jefe del Departamento de Acción Social de la Universidad. Hizo una defensa enérgica de la doctrina democrática y sostuvo que las dictaduras, cualesquiera que sean sus características, siempre son nocivas a los pueblos, pero muy especialmente para los trabajadores. Refutó con calor la doctrina

na que pretende hacer del Estado un sustituto de la Iglesia, arrogándose el papel de definidor de la verdad absoluta, ya que ésta nadie la posee, y lo más que se puede hacer es permitir que todos la busquen aun cuando sea por caminos distintos; pero reconoció que en el momento que vive el mundo, el Estado moderno sí tiene el deber de dirigir la economía, mas carece de todo derecho para inmiscuirse en la libre expresión del pensamiento.

Hizo hincapié en que precisamente para que la vocación de los individuos pueda realizarse y alcanzar una alta manifestación, es preciso huir de toda coacción. El movimiento social contemporáneo la Universidad lo entiende en el sentido de que cada hombre debe realizarse de acuerdo con sus mejores capacidades y todo lo que contrarie ese ideal debe considerarse como antirrevolucionario. De acuerdo con esa interpretación, el más elevado propósito revolucionario se compendia en la libertad.

El estudiante Carlos Téllez Girón, del centro "José Martí" habló a nombre de los alumnos de todos los centros. Hizo notar que la Universidad Nacional de México ha llegado en la forma más brillante al epílogo de una de las fases de la labor en el presente año, en la difusión cultural puesta al servicio de los trabajadores. "Es así—dijo—cómo sin alardes ni petulancias de tontos la Universidad lleva su labor dentro del terreno social, cumpliendo con uno de los postulados más grandes que la Revolución conquistó".

Las masas populares—continuó—han respondido a esta labor por comprender que es plenamente social, porque se imparten cursos con el único fin de cultivar y elevar al pueblo, sin que se debilite la ideología individual ni el principio de